



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado

La Función Paterna y sus avatares en psicoanálisis

Estudiante

Flavia Pereyra Rodríguez

CI: 4.732.774-2

Tutor:

As.Mag. Mariana Zapata

Revisor:

Prof.adj. Mag.Amparo Bazterrica

Montevideo, diciembre 2020

Índice

1. Resumen	2
2. Introducción	2
3. Desarrollo	5
3.1. Paradigma freudiano: la transmisión hereditaria del padre y la construcción del lazo social.	5
3.2. Desarrollo psicosexual y complejo de Edipo.	7
3.3. Lectura lacaniana del Edipo: la función y lugar del padre.	13
3.4. Desarrollo evolutivo temprano y medio ambiente facilitador.	19
3.5. Declinación del modelo tradicional de familia. Nuevas formas de pensar las funciones.	23
3.6. Género y parentalidades como influencia en la construcción de subjetividad.	24
3.7. Ampliando paradigmas, despojando obstáculos. La propuesta de neogénesis en psicoanálisis.	27
3.8. El Anti Edipo como detracción a la universalidad del Edipo.	29
3.9. La función paterna en el siglo veintiuno.	30
4. Conclusiones	33
5. Referencias bibliográficas	37

1. Resumen

El presente siglo veintiuno revela que la sociedad occidental ha experimentado cambios y transformaciones en su configuración, en el modelo de producción y reproducción, ideología y valores que ocasionaron alteraciones en la estructuración familiar, en la movilidad social y en la protección de derechos individuales. La historia sociocultural conformó nuevas subjetividades, ampliando las perspectivas al momento de pensar en la *función paterna*. La búsqueda, lectura y reflexión de bibliografía psicoanalítica clásica y contemporánea, tales como: obras, libros, revistas científicas, artículos académicos, seminarios, conferencias, datos estadísticos, así como la articulación de una viñeta clínica, sirvieron de argumento para realizar el presente ensayo. La introducción al psicoanálisis de nociones innovadoras como parentalidad, género y neogénesis abren un abanico diverso que invita a reflexionar en la real importancia del rol y/o función parental para la constitución psíquica.

Palabras clave: Función Paterna, Complejo de Edipo, Castración, Falo, Género, Parentalidad.

2. Introducción

La biología da cuenta que de la fusión de un óvulo con un espermatozoide resulta la gestación de un ser vivo. Se trata de una ley natural que implica la participación de gametos inherentes a cada sexo, del hombre y de la mujer, para posibilitar el proceso de fecundación y reproducción.

A partir del nacimiento el bebé humano irrumpe al mundo extrauterino, su desarrollo no responde únicamente a órdenes biológicas, fuera del útero le preexiste un mundo simbólico cuyo contenido es determinado por quienes lo esperan. Para que pueda sobrevivir, es importante la presencia de una figura referente que lo reconozca como sujeto brindándole cuidado, alimento, sostén, afecto. La implicación de esa figura estará sumida en la crianza, en el lazo social.

En etapas tempranas de la vida, las personas más próximas a la existencia del bebé - que en psicoanálisis se denominan "objetos primarios"- son los padres. Estos ejercen la primera experiencia social a través de quienes el sujeto aprenderá un lenguaje, conformará su significante de familia y construirá su identidad. Siguiendo a Dolto (1994), "identidad desconocida de cada uno de nosotros, sin duda amarrada a la luminosa percepción del

primer rostro inclinado sobre el nuestro. La mirada de este rostro humano es el primer punto de referencia para nuestra identidad-valor” (p. 132).

En el transcurrir del siglo pasado y en el vigente siglo veintiuno, hay asuntos que refieren a la familia y al desempeño de las funciones dentro de la misma que en psicoanálisis vienen siendo revisados. Basta con observar la dinámica de la mujer occidental cuya posición social y cívica difiere notoriamente de antaño, habitualmente abstraída al ámbito doméstico y a la crianza de los hijos, mientras que el hombre trabajaba fuera del hogar proveyendo el sustento económico al núcleo familiar. Factores como la industrialización y la entrada de las nuevas tecnologías han contribuido con la inserción de la mujer al mercado laboral y en su valoración como sujeto de derechos.

Sin ir más lejos, en Uruguay los datos ofrecidos por el Instituto Nacional de Estadística (Batthyány, Cabrera y Scuro, 2006) comienzan por señalar que uno de cada diez hogares son monoparentales femeninos, mientras que uno de cada cien son monoparentales masculinos. Casi una década más tarde se conserva el binarismo preexistente, el treinta por ciento de los hijos reside solo con la madre, mientras que el dos por ciento solo con el padre (INE, 2014). La reciente encuesta de Nutrición, Desarrollo Infantil y Salud (ENDIS) presenta que uno de cada diez niños de entre dos y seis años no tienen contacto con el padre (Ministerio de Desarrollo Social, Instituto Nacional de Estadística, Universidad de la República, 2019, p. 18).

La crítica antipatriarcal del feminismo a favor de la igualdad de oportunidades induce conciencia sobre la primacía social de lo masculino como un poder que se ejecuta en diversos entornos. La incorporación conceptual del *género* ha promovido la revisión del psicoanálisis clásico sobre la sexualidad y el sexo (Dio Bleichmar, 1989). Esta perspectiva, que trasciende los binarismos preexistentes, impulsa a cuestionar las funciones que a nivel sociocultural se esperan de cada sexo. Hoy en día la familia no se reduce únicamente a la tríada madre-padre-hijo/a sino que se organiza de múltiples formas: monoparentales, ensambladas, de parejas homosexuales, de parejas abiertas o poliamorosas, distintos modelos de crianza que coexisten unidos o de manera paralela, ausencia del padre, una cultura caracterizada por el consumo, la inmediatez. Desde este ámbito surge la noción de *parentalidad*, que ya no hablaría más de maternidad o paternidad, sino de funciones parentales indiferenciadas (Lebovici y Herzog, 1995).

El desajuste de equilibrios de lo tradicional presenta un panorama innovador compuesto por una amplia gama de situaciones, donde conviven elementos de estructuras anteriores con otros nuevos. Esta situación constituye una problemática que trasciende los datos estadísticos, razón por la cual se profundizará en el significado actual de la *función paterna*, un concepto que transita por alteraciones en su alcance y comprensión.

El presente ensayo se desarrolla teniendo en cuenta los argumentos teóricos de referentes psicoanalistas pertenecientes a distinta época. Como punto de partida se considera a Sigmund Freud (1913/1991) como precursor del psicoanálisis y su obra “*Tótem y Tabú*” donde profundiza en la transmisión hereditaria del padre y el sometimiento a las obligaciones sociales (lo sagrado, lo prohibido), relevante de indagar para comprender las formas de ordenamiento social y las relaciones vinculares. Se repara en su teoría del desarrollo psicosexual, con la que avanza en el análisis de la sexualidad humana y postula la existencia de una sexualidad infantil en la cual se manifiesta el complejo de Edipo. Luego del recorrido por las bases freudianas, aparecen autores que amplían el espectro conceptual de la *función paterna*. A juzgar por orden cronológico, son: Jacques Lacan, Donald Winnicott, Maud Mannoni, Gilles Deleuze y Félix Guattari, Hugo Bleichmar, Françoise Dolto, Emilce Dio Bleichmar, Eugene Enríquez, Silvia Bleichmar, Víctor Guerra, Juan David Nasio, Marta Gerez-Ambertín y Leticia Villalobos. A su vez, el reparo en esta temática proviene de una experiencia como estudiante de Psicología en el transcurso de una práctica en la clínica psicoanalítica. A partir de la misma fue posible el encuentro con un joven que consultó por derivación de la institución educativa a la que concurría, a pedido de su madre. La situación será presentada en líneas posteriores con alguna viñeta representativa del tema elegido.

Revisar el alcance de la *función paterna* y el lugar del padre en la época actual es relevante, ya que el modelo de la familia tradicional al que refieren algunos autores, donde el padre desempeñaba la función separadora y simbolizante que reprimía el deseo incestuoso con la madre, o que se basaba en el rol de proveedor, es cuestionable actualmente.

En este sentido es que surge el interés de trabajar el concepto, que actúa como determinante de las fantasías psíquicas a la vez que opera como condicionante en la estructuración de las relaciones vinculares tempranas. Sumergirse en las raíces teóricas del mismo y en sus actualizaciones, es una necesidad que tiene tanto la teoría como la práctica psicoanalítica, sea para clarificar su esencia, sea para abordar cuestiones del tipo ¿qué es *ser padre* para el psicoanálisis actual? ¿Cuál es la importancia de la *función paterna* para el desarrollo psíquico del sujeto?

3. Desarrollo

El interés del psicoanálisis por la función del padre motivó el desarrollo de la teoría y de la clínica psicoanalítica. Autores reconocidos centraron sus estudios en base a esta premisa.

3.1. Paradigma freudiano: la transmisión hereditaria del padre y la construcción del lazo social

El puntapié inicial lo realiza Sigmund Freud (1913/1991) con su obra metapsicológica que titula *“Tótem y Tabú”*, donde rompe el hielo al poner en cuestión el lugar del padre en psicoanálisis. Freud expone su teoría sobre el origen de las sociedades, plantea un paralelismo entre el surgimiento del totemismo y la exogamia, la prohibición del incesto, la emergencia de la cultura y el complejo de Edipo. Su mirada de analista centrada en el sujeto individual da un giro hacia lo social, respecto a lo cual Eugene Enríquez (1990) señala que así como *“La Interpretación de los Sueños”*¹ es la vía real para acceder al inconsciente, la comprensión de los fenómenos tabúes y totémicos constituyen la vía real para la exploración del vínculo social (p. 28).

A través de un mito científico Freud (1913/1991) señala la permanencia de cierta realidad psíquica desde un pasado remoto. Describe un acontecimiento que marca el origen de las sociedades al reconocer que las tribus primitivas traen la enseñanza de su relacionamiento a partir de la dirección de un tótem - padre regido por una serie de principios sagrados. Los primeros grupos humanos se organizaban entorno a ese hombre hostil, más bien, un macho alfa que gobernaba mediante la fuerza y se aprovechaba de los integrantes del clan. En ese entonces no existía la civilización y las relaciones de parentesco no eran reconocidas, no había un padre que identificara a sus hijos, de manera que si alguien del clan pretendía ocupar su lugar, este lo exterminaba. Ante ello, Freud describe la predominancia de sentimientos ambivalentes, de amor y de odio, entre los miembros del clan hacia su tótem, que termina concluyendo en la común decisión de acabarlo (Freud, 1913/1991). En palabras del autor, “un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna.

¹ Freud, S. (1900). José López Ballesteros y de Torres (Trad.)

Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible" (Freud, 1913/1991, p. 143).

Enríquez (1990) introduce que el objetivo de la aniquilación no implica simplemente la desaparición del padre, que rechaza cualquier relación de alteridad, sino el acto seguido de la incorporación: lo devoran para adquirir su poder y su fuerza, para apropiarse de su potencia y de la violencia originaria. Según este autor, fue necesario devorar al muerto, interiorizar sus capacidades a fin de garantizar un origen ideal que transforme a los miembros del grupo en fragmentos representativos de ese ideal y en seres humanos no omnipotentes (p. 32).

Luego del parricidio yace la culpa entre los integrantes, ya que ese tótem también era el proveedor y protector del clan, razón por la cual, una vez muerto, se convierte en una figura paterna, ahora sí los miembros del clan son hermanos. Ante lo cual, Enriquez (1990) reflexiona que si es el odio lo que transforma a los seres sumisos en hermanos, es el asesinato lo que transforma al jefe de la horda en padre (p. 32).

En el momento en que el padre es real y encarnado emerge el temor y la angustia, se transforma en un jefe que trasciende a los otros. En su función mítica, el padre es aquel que provoca reverencia, terror y amor al mismo tiempo, además, es el portador de prohibiciones. Para Enriquez (1990) el asesinato es acompañado de culpa y veneración. A partir del momento en que la función paterna es reconocida los hijos son oprimidos, están en una posición de dependencia, presos entre el deseo y la identificación (pp. 31-33).

Frente al tabú del incesto, que implica la práctica de relaciones sexuales con miembros de la misma familia, Freud afirma que es un deseo presente en todas las sociedades. En las más primitivas, su prohibición era lo que encarnaba físicamente la fuerza del padre atroz, y pasa a ser representada por el padre. De ahí proviene y se interioriza la ley de la exogamia, la prohibición del incesto y del parricidio, y también de matar en general (Freud, 1913/1991). Años más tarde, Freud (1930/1992a) en su obra "*El malestar en la cultura*" señala que la cultura no es una estructura intelectual, sino que su esencia implica todas las normas restrictivas de los impulsos humanos, sexuales o agresivos, exigidas para conservar el orden social. El Estado, la familia y las organizaciones son quienes proponen, por medio de la coerción, la represión del goce pulsional pleno y desenfrenado (Freud, 1930/1992a).

De manera que se instalan límites al placer que, si bien provocan mayor displacer o malestar, son necesarios para proteger a las sociedades. Por lo cual la cultura cumple su rol de habilitar la convivencia y compartir lazos sociales que, a su vez, impulsan el surgimiento de los grupos humanos. La represión de las pulsiones interfiere negativamente en el sujeto y le genera malestar, pero es crucial para conservar el equilibrio social e indispensable para sobrevivir. Para Freud, la cultura reduce las pulsiones agresivas y de muerte para permitir

que las eróticas y las de vida se manifiesten, lo que no reduce es el malestar de algo que se impone como límite al goce pulsional y que no deviene del cuerpo, sino de los otros. El principio de realidad se impone ante el principio del placer y eso genera sufrimiento (Freud, 1930/1992a).

A partir de *“Tótem y Tabú”* Freud (1913/1991) presenta un escenario en el que podría haberse instaurado el tabú del incesto e inaugurado la cultura. En base al mito del tótem - padre, la evolución socio-cultural humana trajo la reorganización de los clanes que de a poco se fragmentaron con la presencia de un padre por familia, dando lugar a lo que hoy se conoce como patriarcado, que cumple una función similar al tótem en el imaginario del sujeto. De este modo, emerge el relacionamiento entre los diferentes clanes, el intercambio de mujeres para no casarse con miembros de la misma familia, aflorando alianzas duraderas y desarrollándose la cultura (Freud, 1913/1991).

Para Freud, lo referido da cuenta del origen primitivo de la organización social, que marca las pautas de constitución psíquica por respeto a un tótem - padre. La *función paterna* promueve esa diferenciación con dos reglas heredadas de la horda primitiva: el respeto al padre como Ley y la prohibición del incesto. Respecto a lo cual, Dolto (1994) refiere que:

La única ley común a toda la especie humana es la prohibición del incesto ... Se debería enseñar a los niños que esta prohibición se aplica tanto a su deseo respecto de sus padres como al de sus padres respecto de ellos. (p. 145)

3.2. Desarrollo psicosexual y complejo de Edipo

El psicoanálisis revela que el desarrollo del sujeto depende, en gran parte, del desempeño de las funciones que tengan consigo sus objetos primarios. Ante ello, Freud describe el desarrollo psicosexual en cinco etapas y/o fases que, cronológicamente, ha identificado en: oral, anal, fálica, latencia y genital.

Cada fase se caracteriza con una zona erógena que es la fuente de la pulsión libidinal durante esa etapa (Freud, 1905/1992c). Dolto (1994) explica que “cada etapa se vive según la manera en que fue vivida y superada la etapa precedente” (p. 148). La autora enfatiza que uno de los emblemas de la *función paterna* es hacer que el niño comprenda el valor del lenguaje “a una edad en la que las pulsiones genitales no son aún predominantes” (p. 134).

Para Freud, un momento decisivo del desarrollo psicosexual ocurre en la fase fálica, etapa pregenital que abarca de los tres a los cinco años de edad, cuya zona erógena asociada es

el área de los genitales y se enfoca en la satisfacción de los mismos aunque, vale aclarar, no de la misma forma que en la sexualidad adulta (Freud, 1905/1992c).

Dolto (1994) define la fase fálica como “el período que sucede el momento en que los niños han descubierto su pertenencia a un sexo, aquel en el cual ingresan en lo que el psicoanálisis denomina complejo de Edipo”⁵ (p. 149). Este último, se trata de un fenómeno a nivel inconsciente, el cual es necesario explicitar su proveniencia y pertinencia.

Hugo Bleichmar (1982) describe que el primer uso del concepto *complejo*² lo hace Freud en 1906 en “*El psicoanálisis y el establecimiento de los hechos en los procedimientos legales*”. Allí explica los experimentos realizados por Bleuler y Jung, con quienes intercambiaba científicamente. Los experimentos consistían en dar palabras - estímulo y registrar las asociaciones. Las respuestas de acuerdo a la teoría no eran por azar, sino que ese estímulo caía sobre una estructura presente en el sujeto y la respuesta informaba sobre la misma. Respecto al contenido ideativo que es capaz de influenciar la reacción a la palabra - estímulo, es que Freud centra su conceptualización de *complejo*. Esto es importante de considerar para comprender una teoría que refiere al funcionamiento psíquico y a la asociación de ideas, la teoría del determinismo (H. Bleichmar, 1982).

Hugo Bleichmar (1982) entiende que el motivo por el cual Freud otorga crucial importancia a esta teoría se debe a que,

Hay un conjunto de sentimientos, de aptitudes, de emociones, de ideas ... que existen en el chico y que orientan su relación hacia sus padres ... Toda esa caracterización del complejo de Edipo aparece centrada en el análisis de lo que le pasa al chico. Es un existente que en función de sus pulsiones se orienta de determinada manera frente a sus padres. (p. 12)

Sobre esta línea Maud Mannoni (1987) reconoce el trabajo analítico con niños hecho por Freud para explicar su teoría de la sexualidad infantil. Analiza el caso de *Juanito*³, un niño de cinco años que sufría neurosis fóbica, con quien Freud contribuyó en su cura logrando demostrar el provecho de sus descubrimientos. Según la autora “este caso constituye el primer paso en la dirección de incluir al niño en la práctica analítica, aunque por la vía de mediación de un adulto, el padre del niño” (Mannoni, 1987, p. 11).

² En el artículo del año 1910 titulado “*Un tipo especial de elección de objeto hecha por el hombre*” Freud acuña por primera vez en su obra la expresión Complejo de Edipo. (Bleichmar, 1982).

³ Freud, S. (1909) Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 10).

De esto último se desprende que el discurso que guía al campo operante en el psicoanálisis abarca a los padres, al niño y al analista, y describe que “cuando Freud nos habla del sitio que ocupan los padres en la infancia del sujeto, subraya que no se trata tanto de sus cualidades reales como de aquello que, también a ellos, los ha marcado en su infancia” (Mannoni, 1987, p. 19).

Freud (1897/1986) considera al complejo de Edipo como “un suceso universal de la niñez temprana” (p. 293), que ocurre independientemente de los factores educativos, de las razas, etnias y de la cultura. La *función paterna* es decisiva en la estructuración del mismo, y para explicarlo se basa en la leyenda griega de Sófocles.⁴ Esta última aborda un trágico mito⁵, que insiste en la idea de que la madre es un lugar necesario pero prohibido, un lugar de conflicto.

Respecto a ello, Nasio (2013) reflexiona que “la común creencia que en el Edipo el varón está enamorado de la madre y quiere apartar al padre, y la niña enamorada del padre quiere alejar a la madre, constituye el cliché más antiguo del psicoanálisis” (p. 13).

En palabras del autor:

El complejo de Edipo no es una historia de amor y de odio entre padres e hijos, es un asunto de cuerpos, de deseos, de fantasías y de placer ... Evidentemente, padres e hijos se aman tiernamente y pueden odiarse, pero en el interior del amor y el odio familiares, palpita el deseo sexual. (p. 13).

Para Nasio (2013), el Edipo constituye la primera experiencia erótica del infante al afirmar que se trata de “una cuestión de sexo y no de amor. Es el deseo sexual de un niño pequeño que no tiene la maduración mental ni corporal para asumirlo” (p. 35). Su convicción proviene del análisis de sus pacientes adultos, a partir de los recuerdos infantiles de carácter sexual evocados en la consulta. Nasio (2013) afirma que “el niño Edípico es un niño alegre que, con absoluta inocencia, sexualiza a sus padres, los introduce en sus fantasías como objetos de deseo e imita, sin pudor ni sentido moral, sus gestos sexuales adultos” (p. 14).

Considerando como ejemplo el análisis de Mannoni (1987) sobre el caso de *Juanito*, se observa que la autora distingue que con tan sólo tres años (inicio del Edipo) el niño ya reconoce las diferencias entre el sexo como órgano urinario y el sexo como lugar del deseo. Sin embargo, este choca con una posición de rechazo con su madre, que lo desnarcisiza al

4 Sófocles (Colona, actual Atenas, 495 a.C. – Atenas, 406 a.C.) fue un poeta trágico griego. Se dio a conocer como autor trágico en el 468 a.C., al ganar un concurso teatral que se celebraba anualmente en Atenas. Sófocles escribió más de un centenar de tragedias para festivales dramáticos, en los que se estima que se adjudicó una veintena de victorias, convirtiéndose así en una de las figuras más relevantes de Atenas. (Sófocles, s.f.)

5 Mitología griega, la historia de Edipo Rey.

reducir “el sentido del sexo a una noción puramente funcional: se trata de un órgano para hacer pis, de una porquería” (Mannoni, 1987, p. 37) .

La autora cita a Freud y su observación de que la enfermedad de *Juanito* (fobia a los caballos) ocurre a los cuatro años y nueve meses, al despertar el miedo de que su madre lo abandone. Esto es importante de considerar ya que en ese momento *Juanito* transita por sus primeras experiencias eróticas. No obstante, cuando este le pregunta a su padre si está bien o no jugar con las nenas, o cuando investiga sobre el sexo y la diferencia genital “el padre se limita a consignar para informarle a Freud el nacimiento del deseo en su hijo; conoce las dificultades de Juanito pero lo deja con su perplejidad: el sexo sigue siendo el enigma” (Mannoni, 1987, p. 35).

En este ámbito, Dolto (1994) señala que “la prohibición a un niño de interesarse en algo es antieducativo y hasta nocivo” (p. 118), afirmación que se comprueba en el análisis de Mannoni (1987) al distinguir que:

Juanito logra a costa de una fobia, imponer al adulto su saber ... Son las palabras, o su ausencia, asociadas con la escena penosa las que le dan al sujeto los elementos que impresionarán su imaginación ... El síntoma se convierte en un lenguaje cifrado cuyo secreto es guardado por el niño. (p. 38).

En el Edipo juega un papel importante la angustia de castración, que Dolto (1994) describe como “el descubrimiento de la diferencia sexual entre niñas y varones” (p. 132). En psicoanálisis el término “castración” funciona a nivel simbólico, como fantasía inconsciente que experimenta el sujeto. Siguiendo a Nasio (2013) “la castración no existe. No hay castración sino amenazas de castración” (p. 119). En cuanto a la fantasía, constituye “una escena imaginaria que le proporciona al niño un alivio, un consuelo que puede adquirir la forma de un placer o de una angustia” (Nasio, 2013, p. 32).

En este aspecto Dolto (1994) insiste en la importancia del adulto de responder con palabras francas y verídicas a las preguntas que el niño/a hace, y en caso de no saber la respuesta, confesar la real ignorancia. Menciona que “el inconveniente de las no respuestas o de las respuestas inadecuadas a las preguntas del niño sobre el sexo es el de confirmar su hipótesis: fueron los padres los que cortaron algo o tramaron aquello” (p. 138).

Freud (1923/1992b) plantea que en la castración edípica, el niño descubre que la madre está castrada, es decir carece de falo, por lo cual este cesa sus deseos incestuosos por temor a la castración. En el caso de la niña, la ausencia del falo es percibida como un daño que ella misma intentará negar, compensar o reparar a lo largo de su desarrollo (Freud, 1923/1992b).

En relación al transcurso del Edipo, no se manifiesta de igual manera para ambos sexos. Según Freud (1923/1992b) en el varón la angustia de castración marca la salida del complejo, y en la niña⁶ implica la entrada. En este aspecto, Nasio (2013) cita de Freud lo siguiente:

En el varón se desarrolla naturalmente a partir de la fase de su sexualidad fálica. Pero la amenaza de castración lo obliga a dejar esta posición. La impresión de que corre el peligro de perder el pene le hace abandonar ... destruir radicalmente el complejo de Edipo, entonces se instituye como heredero un superyó severo... En el caso de la niña ... el complejo de castración prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo; bajo la influencia de la envidia del pene, la pequeña queda expulsada de la relación con su madre y se apresura a entrar en la situación edípica. (p. 147).

Cuando el mensaje de la prohibición del incesto es transmitido de padre a hijo “se trata de la iniciación del hijo para la vida humana. De este modo el niño oirá lo que va a introducir en el orden de la humanización genital” (Dolto, 1994, p. 152).

De ahí la importancia de que la conflictiva edípica sea cancelada, para promover el desarrollo de la sexualidad, y ello no comprende necesariamente el mecanismo psíquico de la represión. Resolver el Edipo, para Freud, es sustituir el objeto investido por la identificación e **introyectar la autoridad paterna** que dará lugar a la formación del superyó, ya que prohíbe el incesto y el retorno de las investiduras de objeto. Nasio (2013) describe este proceso de la siguiente manera:

Escindido entre el regocijo y la angustia, sólo tiene una salida: olvidarse de todo ... El niño edípico rechaza vigorosamente las fantasías y la angustia, deja de tener como pareja sexual a su padre o a su madre y queda entonces disponible para conquistar nuevos y legítimos objetos de deseo. (p. 15).

Los deseos libidinales son, por un lado, desexualizados y sublimados, y por otro, inhibidos en sus metas y convertidos en mociones tiernas, con esto se da inicio a la fase de latencia. Para Freud (1930/1992a) la principal herramienta de la cultura es el superyó, por lo cual el Edipo es un asunto de carácter decisivo que implica el desarrollo del psiquismo individual al que la sociedad debe responder para llegar al estado de cultura, es decir, para poder vivir en relaciones estabilizadas y simbolizadas.

⁶ El complejo de Edipo en la niña también es conocido como complejo de Electra- término acuñado por Carl G. Jung en 1912. (S/f)

A partir del complejo de Edipo, el psicoanálisis advierte que durante la infancia se asientan las bases que moldearán la personalidad del sujeto y muchos de los elementos que participan se alojarán en el inconsciente. Así lo describe Hugo Bleichmar (1982):

Con el código operatorio que se aporta en la situación edípica al sujeto por parte de los padres se halla la condición de posibilidad de la existencia de los mecanismos defensivos. No solamente los padres aportan un conjunto de operaciones posibles, sino que privilegian algunas dentro de ellas. (p. 17).

Durante mucho tiempo se pensó que los mecanismos de defensa estaban naturalmente constituidos en el psiquismo como escudo frente a las ansiedades de la situación edípica, “lo cierto es que toda negación depende del lenguaje, el aprender y saber decir “no”, lo que implica que el sujeto no sólo debe adquirirlo sino que lo recibe de quienes se lo brindan: sus padres (H. Bleichmar, 1982, p. 17).

En este sentido, Dolto (1994) opina que “para cualquier niño sus padres son los poseedores de todo el saber, y sus dichos tienen autoridad ... en cuanto incumbe al tomar, al actuar, al hacer del niño que tienen bajo su tutela” (p. 136).

Una situación que da cuenta de lo mencionado ha sido la experiencia clínica con Lucas (L). Se trata de un varón de doce años que concurrió a la consulta psicológica derivado por la institución educativa a la que concurría, a pedido de su madre. El motivo de consulta se debía a su mal carácter y agresividad. Su grupo familiar de convivencia eran la madre (M) y cuatro hermanos. Los padres estaban separados, el contacto con el padre lo mantenía L porque lo iba a visitar. Aunque no concurrió a la clínica por voluntad propia, su apertura al espacio presentó características positivas. Expresó que a veces reaccionaba de manera distinta a la que en realidad le gustaría y que su padre lo instaba a defenderse pegando, “después de pegar pienso que lo que hice estuvo mal... pero ta, ya está”.

Sobre esta línea, Hugo Bleichmar (1982) plantea que “la identificación juega un papel central en la constitución de los mecanismos de defensa en el sujeto, y el Edipo aparece condicionado a estos últimos” (p. 18). El autor distingue que Freud no termina de aclarar cuál es la función, es decir, qué ocurre con la totalidad de la estructura edípica ya que centra su atención en el análisis de uno de los polos que la conforman: el niño o la niña. El mérito de ampliar el concepto se reconoce en Jacques Lacan, al continuar el recorrido trazado por Freud frente al enigma del padre en psicoanálisis (H. Bleichmar, 1982).

3.3. Lectura lacaniana del Edipo: la función y lugar del padre.

Hugo Bleichmar (1982) señala que con Lacan, ya no se trata de pensar en lo que le sucede al infante:

Sino a lo que pasa en una situación dentro de la cual el chico está incluido. Cuando Lacan afirma que el chico es el falo de la madre ya está diciendo qué es el chico para la madre, nos muestra a esta constituyéndose en relación con el chico. (p. 16).

Lacan (1958/2005b) plantea que con “*La Interpretación de los Sueños*” de Freud (1900) aparece el complejo de Edipo:

Lo que revela el inconsciente al principio es ... el complejo de Edipo. Lo importante de la revelación del inconsciente es la amnesia infantil que afecta, ¿a qué? a los deseos infantiles por la madre y al hecho de que estos deseos están reprimidos ... se ha olvidado que dichos deseos ... no sólo son primordiales, sino que están todavía presentes. (p. 166).

A diferencia de Freud, Lacan (1958/2005b) habla de *función paterna* para referirse al complejo de Edipo. Este sugiere “ni hablar del Edipo si no está el padre, inversamente hablar del Edipo es introducir como esencial la función del padre” (p. 170). Al cuestionar qué es el padre, está indagando en el problema de su significante⁷. Hace a un costado el mito freudiano del Edipo rey y lo atiende desde un plano estructural, observando que el triángulo madre-hijo-falo⁸ es pre-edípico, ya que el Edipo ocurre con la introducción del cuarto elemento, que es el padre.

Hugo Bleichmar (1982) señala que el Edipo lacaniano implica “la descripción de una estructura intersubjetiva, entendida como organización caracterizada por posiciones o lugares vacantes que pueden ser ocupados por distintos personajes. No se trata de lugares fijos, sino que cada uno es en función del otro personaje” (pp. 24-25).

Para Lacan el padre es una metáfora, es la sustitución del significante materno por el significante del padre, motivo por el cual denomina “metáfora paterna” a la forma en la que se hace efectiva la función del padre en el Edipo. Menciona exactamente que “la función del padre en el complejo de Edipo es la de ser un significante que sustituye al primer

⁷ “Significante entendido como “huella acústica, imagen visual, algo del orden de lo sensible o capaz de convertirse en perceptible”. (H. Bleichmar, 1982, p. 28).

⁸ Lacan dicta dos definiciones de falo, “el falo es el significante de una falta” y “el falo como significante del deseo”. (H. Bleichmar, 1982, p. 27).

significante introducido en la simbolización, el significante materno” (Lacan, 1958/2005b, p. 179).

Entre la madre y el hijo hay un deseo en común, esto es el *falo* que, a su vez, es el significante del deseo. Citando a Lacan, Nasio (2013) lo explica,

La tríada imaginaria madre-hijo-falo ... sólo se da con la cuarta función, la del padre, introducida por la dimensión del Edipo. Este reconoce ... no solamente que no es el único objeto de la madre, sino que el interés de la madre ... es el falo. A partir de este reconocimiento tiene que advertir, en segundo lugar, que la madre está privada, que ella misma carece de ese objeto. (p. 153).

Lacan (1958/2005a) describe que la cadena de los significantes puede tener algún significante o alguna letra que siempre falte en la tipografía, alegando que “el espacio del significante, el espacio del inconsciente es ... un espacio tipográfico, que es preciso tratar de definir como constituido de acuerdo con líneas y pequeñas casillas, y según leyes topológicas” (p. 151). Hugo Bleichmar (1982) aclara que la función del significante “inscribe algo que es una ausencia, no se inscribe en realidad un existente, sino un ausente” (p. 29). Por ejemplo, en un encuentro Lucas mencionó que desde pequeño iba al estadio con su padre a ver a “X” que definió como “el mejor cuadro de fútbol”. Recientemente por distintas circunstancias, había dejado de compartir actividades con su padre, incluyendo sus idas al estadio. Para referirse a su cuadro utilizaba expresiones tales como, “desde chico me criaron como hinchada de X”; “en mi familia son todos de X”; “X es mejor que Y (cuadro rival) tenemos más hinchada, la mejor banda”. Expresaba gran admiración, “tengo la ironía del fanático, a donde tenga que ir voy”.

Estos elementos conducen a pensar que “X” se inscribió en Lucas como un significante paterno (“X”= PAPÁ).

Lacan (1953/2009) entiende que el psiquismo humano comprende tres formas de registro: simbólico, real e imaginario. La sustitución del significante se da en tres tiempos que son razonables en tanto guardan determinada sucesión, aunque no una cronología (Lacan, 1958/2005c). A su vez, Nasio (2013) explica que Lacan descompone el proceso de Edipo en tres tiempos para distinguir los diferentes papeles que el niño le hace interpretar a sus padres en sus fantasías edípicas.

En el primer tiempo, el padre no está encarnado, sino que es “la figura abstracta de la Ley que preserva el mundo del caos que provocaría la consumación del incesto” (Nasio, 2013, p. 133). En este tiempo el niño/a no articula un deseo propio más allá del deseo de su madre, quiere ser objeto de deseo de esta, es decir, ocupar el lugar del falo. El

registro simbólico implica el lenguaje, las palabras, lo cultural y convencional, el mundo simbólico que el “otro” aporta. Ese padre abstracto, Ley tácita que el niño/a ignora, es el padre simbólico.

Hugo Bleichmar (1982) repara en algunas cualidades redundantes de este primer tiempo lacaniano. Observa que se trata de una relación dual, imaginaria, en la que dos personajes (madre-hijo) están presos de la misma ilusión y cada uno promueve que el otro se mantenga en esta, señalando por ejemplo “que la madre haga del hijo el falo, determina que esta pueda ser madre fálica” (p. 42). Se trata de una relación asimétrica “donde la madre ... es exterior al chico ... le aporta el deseo, la identidad ... ¿Qué es lo característico de todo esto? se está describiendo una estructura intersubjetiva ... que se caracteriza por la posición de alguien frente al deseo del otro” (H. Bleichmar, 1982, p. 42).

Maud Mannoni (1987) enfatiza en la importancia que el infante, en la relación con sus padres, aprenda a dejar la situación dual de fascinación imaginaria para estructurar el Edipo. Tal acción se logra únicamente “cuando entra en el orden del lenguaje” (p. 29).

Por ejemplo, la madre (M) de Lucas mencionó haber sido ella quien, sin hablarlo con su hijo, decidió inscribirlo en la UTU y no en el liceo, siendo que este ya tenía la edad y la capacidad suficiente para elegir. M evade esa posibilidad argumentando, “lo anoté en la UTU porque estaba uno de los hermanos cursando allí, para que lo cuidara”. Su intención de cuidarlo era en el sentido de vigilar, lo cual deja entrever que M no estaba contemplando a su hijo como sujeto deseante.

En estos casos, Mannoni (1987) plantea que lo que más perjudica es “el engaño del adulto que adopta la pose de estar diciendo la verdad y de ese modo bloquea al niño en la sucesión de sus incursiones intelectuales” (p. 38). En un encuentro, M expresó “gracias por cuidar a mi bebé”. En este sentido, la relación de L no sería tanto con M como figura, sino con el deseo de esta.

En el segundo tiempo del Edipo, lo que cuenta es la persona real del padre. Esto puede observarse en la idea de Lacan que cita Hugo Bleichmar (1982):

El padre interviene efectivamente como privador de la madre en doble sentido: priva al niño del objeto de su deseo y priva a la madre del objeto fálico. Aquí hay una sustitución de la demanda del sujeto, al dirigirse hacia el otro, he aquí que encuentra al Otro del otro⁹, su Ley. (p. 65).

⁹ La distinción “Otro” con mayúscula de “otro” con minúscula, alude al primero en el sentido de Ley, de mandato para con el segundo que es cumplidor sometido a la Ley. (H. Bleichmar, 1982, p. 65)

H. Bleichmar (1982) destaca que para Lacan, en el segundo tiempo del Edipo, el padre aparece “en el discurso de la madre, como mediada por esta. Menos velado que en la primera etapa, pero aún no revelado” (p. 68). No revelado porque hasta el momento el padre en tanto algo que está por fuera de la madre (padre simbólico) no está completamente constituido. Es decir que el hijo, al dirigirse a la madre, encuentra que hay un “Otro” como el lugar de la Ley a la cual la madre debe responder. En este tiempo se puede ver cómo la función paterna hace efectiva la castración simbólica¹⁰(H. Bleichmar, 1982).

El registro de lo real es la realidad en sí misma, aquello que no puede ser captado o comprendido. Las apariciones de lo real surgen con frecuencia en el síntoma, en el cuerpo (Lacan, 1953/2009).

En el caso de Lucas, las peleas en la UTU eran síntomas que se asocian con lo real. Expresaba, “mi carácter es difícil ... muchos líos con los compañeros de la UTU ... Me peleé con todos ... me buscan y termino pegándoles”. Lo que para la escuela es un síntoma, constituyen sus emblemas masculinos. Lucas decía que el respeto era algo que se ganaba, “hay tres formas de ganarse el respeto ... peleando, hablando o haciéndote amigo ... así me enseñaron ... mi padre”.

En este aspecto, Mannoni (1987) refiere que:

El fantasma, e incluso el síntoma, aparece como una marca cuyo papel consiste en ocultar el texto original o el acontecimiento perturbador ... Se trata de una situación en la cual el enfermo trata de entender, dando un rodeo a través de un fantasma de castración, la manera en que él se sitúa frente al deseo del Otro. ¿Qué quiere de mí? Es la pregunta que se plantea más allá de todo malestar somático. (p. 39).

Lacan señala que la madre es quien introduce la metáfora paterna en el psiquismo del niño/a, esto significa que la misma contiene en su propia psique la figura del tercero. La madre presentará al padre como una metáfora y después como un significante. De manera que el niño, al captar al padre a través de la madre, conforma un "abstracto" de todas las significaciones transmitidas, condensando y simbolizando el Nombre-del-Padre o NdP (Lacan, 1958/2005a).

Con este término “es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que, desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley”

¹⁰ Castración como separación entre dos partes (la madre y el hijo), se rompe una unidad y a su vez cada parte sufre otra separación: hijo-falo/madre-fálica. (Nasio, 2013)

(Lacan, 1966/2003, p. 267). H. Bleichmar (1982) aclara que Lacan intenta demostrar la conexión con el contexto bíblico en que se realiza la invocación “en el nombre del padre”, al mencionar que “el que lo dice no es la Ley sino que está actuando en representación de, invocando” (p. 69).

En el análisis de H. Bleichmar (1982) se observa la necesidad de disipar ciertos equívocos preexistentes generados por la teoría clásica. Primeramente, el padre simbólico que realiza la castración simbólica sobre la madre y el hijo no debe confundirse con la presencia física de una persona real. Es importante aclarar que esta acción se manifiesta con presencia o con ausencia física del padre, ya que **un padre ausente o un padre difunto pueden tener presencia significativa si la madre así lo desea**. La madre puede imaginar una pareja para ella, desearla y de ese modo introducir un “padre” inexistente pero que cumple la función del padre simbólico. Se destaca que el lugar del tercero no solamente puede ser ocupado por un hombre sino por cualquier otra cosa, desde un trabajo, una profesión, etcétera.

Según el autor, la idea que “la madre admita la existencia de algo que está más allá de ella ... posibilita la castración simbólica ... El padre real tiene importancia, tanto más cuando la madre tenga demasiada tendencia a conservar al hijo en el lugar del falo” (H. Bleichmar, 1982, pp. 73-74).

Otro error común es suponer que el padre autoritario y dominante es más apto para producir la castración simbólica, todo lo contrario. Si un padre actúa hostilmente con su familia conserva la esencia del primer tiempo, por lo cual no estaría realizando la castración simbólica ya que tanto el hijo como la madre real se colocan frente a este preso de su deseo, y el padre en vez de representar la Ley, la es.

Respecto al papel perturbador del padre Dolto (1994) expresa que es “inepto para dar la castración” (p. 153), alegando que “los que son agresivos ... odiosos para convivir ... irresponsables y no hablan con sus hijos, ninguno de estos los forman con vistas a su desarrollo afectivo. Son patógenos, porque a pesar de ello, el hijo joven los admira” (p. 153).

Hugo Bleichmar (1982) reconoce que “en el tercer tiempo del Edipo nadie es el falo, queda instaurado en la cultura más allá de cualquier persona. El falo se tiene pero no se es” (p. 54). El autor distingue la importancia de tener presente que “el Otro no es el amo absoluto, sino que debe aceptar, a su vez, una Ley” (p. 74).

La castración simbólica no es pasar de la dominación de la madre a la dominación del padre, sino que implica reconocer el falo como “algo independiente de cualquier personaje, no se lo puede poseer a su solo arbitrio ... es por eso que el falo se instituye ... como una

entidad desde la cual todos quedan ubicados como castrados simbólicamente” (H. Bleichmar, 1982, p. 67). Y añade Nasio (2013):

En el tercer tiempo ... ese padre respetado, odiado y envidiado es el padre imaginario. El niño le demandará a él, en vano, su falo. El padre se lo niega y esa negativa conlleva de inmediato la identificación del hijo con el padre, síntesis final de las tres figuras paternas: la simbólica, la real y la imaginaria. Puesto que el niño no puede tener el objeto, se identifica con el portador del objeto. (p. 133).

Para Lacan, en el tercer tiempo se establece la identificación con el ideal del Yo, que Hugo Bleichmar (1982) explica como una constelación de insignias¹¹ “una puesta en relación del sujeto no con la persona del padre sino con ciertos elementos significantes de los que es el soporte” (p. 86).

En el caso de Lucas, el ideal del Yo como suerte de figura referencial para el Yo, se veía en su convicción de ganarse el respeto de los demás a partir de las tres formas ya mencionadas: “peleando, hablando o haciéndote amigo ... A mí me gusta más la primera”. Refirió haberlo aprendido de su padre: “si no te ganas el respeto de una persona nunca vas a poder ver lo bueno ... Él (padre) dice que el respeto primero se gana hablando, pero sino de las otras formas”.

Lacan (1958/2005a) señala que la falla de la función no puede vincularse a la simple carencia paterna referida a la persona del padre, en todo caso ha de asociarse al significante "ser padre" en lo que refiere al NdP.

Al respecto, Gerez-Ambertín (2011) opina que la función paterna favorece la función de anclaje:

De no ser por tal función el efecto sujeto sería el de una deriva constante -en tanto el sujeto es vacío y se define por un significante que lo representa para otro significante- lo que aparece como un observable clínico en la dispersión subjetiva, frecuente tanto en psicosis como en neurosis. (párr. 12).

¿Qué sugiere la autora con la expresión “sujeto vacío”, indefinido, ante la carencia del significante paterno? A modo orientativo, habla de “anclaje”, sinónimo de enraizamiento, de radicación, como cualidad de la función paterna en relación al significante que la representa.

¹¹ Según Lacan “La insignia es un testimonio, un símbolo de que alguien ocupa un lugar determinado. Es un elemento material significante que ubica al que la posee”. (H. Bleichmar, 1982, p. 85)

En su análisis de *Juanito*, Mannoni (1987) describe la situación de un niño enfrentado al mito del adulto, que a través de una fobia a los caballos logra expresar al adulto su saber. En este aspecto, Lacan entabla discrepancias con Freud, ya que para este último el caballo *representa* al padre, mientras que para Lacan implica una *suplencia*, alegando que “para Juanito, se trata de encontrar una suplencia para ese padre que se obstina en no querer castrar” (p. 367). Es decir que la suplencia ocupa el lugar y la función de lo no realizado en su función debido a una carencia. En *Juanito*, el significante fóbico suple el N d P debilitado. (Lacan, 1956/2008)

3.4. Desarrollo evolutivo temprano y medio ambiente facilitador.

A diferencia de Lacan que habla de lugares y funciones, Donald Winnicott (1963) se refiere a las tendencias heredadas. Comprende que la evolución del sujeto abarca desde un estadio de dependencia absoluta hacia la independencia, señalando que no se puede pensar en salud sin tener en cuenta el medio ambiente donde el sujeto crece, se desarrolla y participa.

Mena (2018) citando a Winnicott describe que “el medio ambiente es tan parte del ser, como lo es el instinto que lo evoca” (p. 137).

Todo individuo tiene un potencial y para desarrollarlo necesita de un ambiente facilitador con respuestas y suministros que se ofrecen desde la primera infancia y continúan hacia la adultez. Desde la relación con un “Otro materno” u “Otro primordial”, que Winnicott distingue como “madre suficientemente buena” (MSB), hacia los sujetos que conforman la sociedad, en un intercambio permanente con el medio ambiente (Winnicott, 1963). Señala que:

Una madre y un padre no producen un bebé como un pintor un cuadro. Ellos inician un proceso evolutivo del que resulta un huésped en el cuerpo de la madre primero, después en sus brazos, y finalmente en el hogar que proveen los progenitores. Cómo será finalmente ese huésped, está más allá del control de todos. (párr. 11).

El desarrollo emocional infantil consta de tres fases evolutivas, que son: la dependencia absoluta, la dependencia relativa y hacia la independencia. Con el nacimiento emerge un primer momento en el que la madre se encuentra vulnerable pero a la vez animada por la llegada del bebé, a ese estado Winnicott (1963) lo denomina “preocupación materna primaria”.

La dependencia absoluta abarca desde el final del embarazo hasta los primeros meses de vida. En esta etapa el infante depende exclusivamente de la madre (u “Otro” materno,

“primordial”), que constituye el medio ambiente del bebé. Esta es el primer vínculo de relación objetal sin que el infante sea consciente de ello. Winnicott destaca la importancia del holding como la capacidad de la madre de sostener tanto física como afectivamente al bebé, y la capacidad de manipular con las manos para dar alimento, acunar, acariciar, etcétera. Explica que “nadie puede sostener a un bebé a menos que se identifique con él” (Winnicott, 1963, párr. 16).

La MSB es la función esencial y fundamental que el sujeto necesita para constituirse como tal. El autor ejemplifica lo mencionado citando el momento del baño del bebé, “la madre capaz de entregarse durante un lapso limitado a su **tarea natural**, puede proteger el seguir siendo del infante” (Winnicott, 1963, párr. 17).

¿Qué sugiere Winnicott cuando habla de “tarea natural” de la madre? ¿Qué lugar ocupa el padre?

Al conocer primero a la madre u “Otro” primordial, el infante de a poco retendrá ciertos caracteres de la misma (Winnicott 1963). Respecto a ello, Sebastián León (2013) indaga sobre las cualidades maternas propuestas por Winnicott que el niño introyecta en esta fase del desarrollo y habla de cualidades “blandas” y “duras”. Menciona que:

Para Winnicott, el padre encarna el elemento duro de la pareja parental, mientras que la madre encarna el elemento blando. De lo que se trata es que el niño pueda tener un padre fuerte a quien respetar y amar, en lugar de simples cualidades (prohibiciones y permisos, reglamentos y normas) reunidas en la persona de la madre. (pp. 90-91).

Las cualidades “blandas” son las que generan placer al bebé, tales como suavidad, delicadeza, dulzura, mientras que las “duras” tienen que ver con la severidad y la estrictez. León refiere que para Winnicott estas últimas no son parte esencial del rol materno, pero igualmente quedarán alojadas en el mundo interno del niño/a (León, 2013).

Siguiendo a Mena (2018), señala que Winnicott habla de la *bisexualidad* como un aspecto perteneciente a todos los individuos-persona, “Winnicott lee e interpreta bajo la modalidad conjugada en la presencia del “elemento femenino”- que corresponde al ser y el “elemento masculino”- correspondiente a un hacer” (p. 133). Ambos elementos conviven en cada sujeto, el femenino (“blando”) es “la transmisión del ser por el Otro materno indiferenciado, es una “pauta”, un rasgo primero que, si opera, resulta un principio de identidad posible y determinante” (p. 136). El elemento masculino (“duro”) se relaciona con el “impulso del instinto” siempre destructivo, asociado a “la pulsión ... en relación al pecho y la alimentación y por extensión a las experiencias vinculadas a las zonas erógenas” (p. 138).

La expresión de Winnicott “tarea natural de la madre” (u Otro materno) se asocia con lo que Mena (2018) describe de los elementos, “son transmitidos por un **Otro primordial**, se presentan conjuntamente en cada sujeto, independientemente de su género biológico, en el marco de un determinado tiempo y espacio característico de la cultura de la época en cada comunidad” (p. 138).

En cuanto al padre como figura, Winnicott destaca su importancia en esta etapa mediante la provisión de un ambiente facilitador para que la madre o persona que encarna el “Otro” materno pueda realizar la función de manera pertinente (MSB), adaptándose a las demandas del bebé (Winnicott 1963).

En la dependencia absoluta, la crianza también dependerá de las tendencias heredadas del infante, pero aún así los padres pueden hacer mucho. Lo cierto es que “los padres pueden proveer lo necesario para un niño sano ... Si tienen éxito en esa provisión, los procesos de la maduración del infante no quedan bloqueados ... encuentran sus necesidades satisfechas y pueden pasar a formar parte del niño” (Winnicott, 1963, párr. 11).

Luego continúa la dependencia relativa, fase que ocurre entre los seis meses y dos años del desarrollo (Winnicott, 1963). Aquí el infante emprende la formación del Yo, comienza a diferenciar el mundo interno del externo con mediación de la madre y la presentación del objeto transicional (OT). El cuidado del infante tiene como principal característica una presentación regularizada del mundo. Esto es algo que puede hacerse sólo mediante el manejo continuo realizado por un ser humano, “lo que el infante necesita es exactamente lo que suele lograr: el cuidado y la atención de alguien que sigue siendo él mismo. Desde luego, esto se aplica también al padre” (Winnicott, 1963, párr. 22).

En esta etapa el padre ya se presenta física y emocionalmente para contener a la madre:

Ese padre puede ser un buen sustituto materno, o **gravitar de un modo más masculino**, brindándole a su esposa apoyo y una sensación de seguridad que ella puede transmitirle al infante. La recompensa en esta etapa consiste en que el infante empieza a percatarse de su dependencia. (Winnicott, 1963, párr. 27).

¿Qué quiere decir Winnicott con la expresión “gravitar de un modo más masculino”? Tiene que ver con el contexto histórico que escribe el autor, en el que lo *masculino* se vincularía a lo hegemónico, lugar de autoridad y poder, proveedor de apoyo y seguridad. Las sociedades actuales trabajan en despejar los prejuicios que relacionan a la mujer y a lo *femenino* con la sumisión, la debilidad, lo vulnerable, etc., a fin de empoderar su verdadera implicancia. Dicha expresión winnicottiana, alude a una cuestión de elementos (femenino

“blando” - masculino “duro”) presentes y combinados en cada sujeto sin distinción de género, y que pueden ser desempeñados en el ejercicio de la función.

La última etapa evolutiva que Winnicott llama “hacia la independencia” abarca desde los dos años hasta la adolescencia. Se manifiesta la consolidación del Yo, la confianza en sí mismo y en el entorno. El sujeto emprende su identificación con la sociedad en círculos crecientes de la vida (Winnicott, 1963).

En estas fases del desarrollo evolutivo el autor habla de “*cuidado parental*” que no engloba únicamente al cuidado de la madre, dicho concepto se acerca más a la igualdad de género y puede considerarse en tres partes. Por un lado, el sostén (holding) que abarca toda la provisión ambiental más allá del sostén físico, por otro lado la madre y el infante conviven juntos y este último ignora las funciones del padre, esto es, encargarse de proveer un ambiente facilitador para la madre. Por último, ya es reconocida la triada padre, madre e infante que, a su vez, conviven juntos (Winnicott, 1961).

A partir de la integración de estas etapas, el infante puede empezar a controlar los impulsos destructivos. De ahí la importancia de cómo responda el ambiente facilitador o MSB, el sujeto tendrá la capacidad de asumir responsabilidad y de preocuparse por el otro. Esto implica un complejo proceso, es sinónimo de salud y es carácter básico de la vida social, “de este modo se desarrolla una verdadera independencia, el niño llega a una existencia personal satisfactoria mientras participa en los asuntos de la sociedad” (Winnicott, 1963, párr. 44).

Sin embargo, existen posibilidades de que se produzcan retrocesos en el desarrollo de la socialización hasta las etapas finales posteriores a la pubertad y la adolescencia. En este aspecto el autor distingue la esencialidad del ejercicio de la *función paterna* para el manejo del hijo adolescente, dado que estos ven mejor que los jóvenes el momento en que ese pasaje del círculo social limitado al círculo social ilimitado es demasiado rápido. Por tal razón los adultos deben continuar el proceso de crecer y madurar, puesto que pocas veces llegan a una madurez completa. En palabras de Winnicott (1963) “la independencia no es nunca absoluta. El individuo sano no queda aislado, sino que se relaciona con el ambiente de un modo tal que puede decirse que él y su medio son interdependientes” (párr. 47).

Si durante la dependencia absoluta la función de sostén falla y el bebé lo percibe, es posible que ocurra un quiebre en el tiempo de “seguir siendo”. Con el fin de asegurar su continuidad, el sujeto podría desarrollar una organización defensiva de carácter patológico (Winnicott, 1952). En cambio, si la función del sostén es efectiva junto con las demás funciones que la acompañan; manipulación, presentación del OT, se promoverá la integración propia de cada etapa con promoción de avance hacia la independencia (Winnicott, 1939/2011a).

El robo, la mentira, el engaño, son signos que denuncian las fallas en la provisión del ambiente. Como consecuencia de las funciones desatendidas, los procesos que se vieron alterados quedan asentados desde un inicio y se tornan en forma de reclamo a la espera de presentarse cada vez que un ambiente confiable -como la escuela o el consultorio del analista- lo permita (Winnicott, 1939/2011b). Las conductas antisociales se presentan como llamados de atención para que el otro se ocupe de su control. Por ello el autor describe que las reacciones y los procesos que el infante experimenta frente a las adversidades dependen del soporte emocional proporcionado por la familia o de las personas que están a su cargo (Winnicott, 1939/2011b).

3.5. Declinación del modelo tradicional de familia. Nuevas formas de pensar las funciones.

Serge Lebovici y Michel Soulé (1970) observan que el psicoanálisis contemporáneo otorga el mismo valor al papel del padre y al de la madre “en la red de interacciones relacionales en que se sitúa al hijo durante todo su desarrollo ... Son los dos componentes implicados desde el principio en una misma vivencia, los dos polos de una misma experiencia” (p. 323). Esta situación ha promovido la implementación del concepto *parentalidad*, a fin de explicitar los fenómenos sociales innovadores de la segunda mitad del siglo veinte. A partir del mismo ya no se hablaría más de “maternidad” o “paternidad”, sino de funciones parentales indiferenciadas (Lebovici y Herzog, 1995).

Lebovici (1988) estudia el vínculo directo padre-bebé y observa que la *función paterna* no solo implica la separación de la madre con el hijo, sino que tiene un destacado peso en el desarrollo psicológico del infante. Distingue la predominancia de elementos coincidentes con la relación madre-bebé, ya que en ambas díadas coexisten aspectos de reciprocidad e intercambio mutuo. Hay dos cualidades relevantes de la presencia del padre. Por un lado, la capacidad de ejecutar de manera eficaz el rol maternalizante en la crianza del hijo, y por otro, su comportamiento que difiere al de la madre, menos cercano pero más rítmico (Lebovici, 1988).

Al igual que Dolto y Mannoni, el autor apoya la idea de que el deseo de ser padre es producto de la experiencia de paternidad que el sujeto vive cuando ocupa el lugar de hijo, y también con el desenlace del fenómeno edípico. En estas instancias puede ocurrir la identificación con el abuelo paterno, por lo que al momento de ejercer la paternidad podrían reeditarse conflictos experimentados durante la infancia (Lebovici, 1988). Esto último se relaciona con la reflexión de Dolto (1994) sobre la *genitud*¹²:

¹² “con ese término significo, a la vez, las potencias físicas de la procreación y la asunción del deseo bajo la propia responsabilidad” (Dolto, 1994, p. 146)

¿Qué es una madre? ¿qué es un padre? ¿qué es un tío, un abuelo, etc.? ¿Cómo llegar a explicarlo si el niño no es informado de la genitud y de la unión sexual que hacen que sus antepasados sean los padres de sus abuelos, sus abuelos los padres de sus padres, y él el punto focal del encuentro entre dos linajes que, a través de él, tal vez se continuarán?. (p. 146).

Para Lebovici y Herzog (1995) la visión del padre como figura de autoridad y de las instancias del mundo interno que prohíben, guarda relación con el pensamiento de las familias patriarcales, que con el paso del tiempo se han ido modificando llegando actualmente a cuestionar en algunas sociedades este lugar representativo del padre. No obstante, el padre al igual que el niño/a, demanda una necesidad de contención para paternalizarse. ¿De qué modo? expresando su deseo por el embarazo, participando activamente en el mismo, presenciando el parto, etcétera. Los autores hablan de *paternaje* como una acción que trasciende las funciones de la *paternalidad*, que “inscribe también, en el destino del padre, la procreación, el papel que este desempeña junto a la madre del bebé y sus capacidades de personificar al superyó, que prohíbe la posesión completa de la madre por parte del niño” (Lebovici y Herzog, 1995, p. 74). En el paternaje está inscripta la historia infantil del padre, su nivel sociocultural y sus cualidades singulares de personalidad. La *paternalidad* y el *paternaje* no solo dependen del padre, sino también de la disposición del hijo, de su singularidad y de su temperamento. La presencia del padre incentiva el desarrollo interactivo del niño. Al igual que la madre, el padre también necesita ser incentivado afectivamente para motivar el interés en la crianza del hijo. El paternaje es producto de una serie de sucesos históricos, personales y que incluyen todas las relaciones afectivas que el padre puede haber entablado en el pasado (Lebovici y Herzog, 1995).

3.6. Género y parentalidades como influencia en la construcción de subjetividad

¿A qué se debe esta innovadora forma de pensar en las funciones, ya no determinadas “según el sexo” sino en el sentido de “complementariedad”?

Las funciones que son asignadas a uno u otro sexo siguiendo una lógica binaria, conducen a pensar en el *género*.

Desde esta perspectiva, Emilce Dio Bleichmar (1989) analiza el desarrollo psicológico diferencial del varón y de la niña profundizando en los conceptos de género y sexo. Estas dos nociones no suelen ser diferenciadas en el psicoanálisis clásico, por lo que “la

incorporación del concepto de género a la teorización del desarrollo psicosexual ha permitido establecer la dimensión simbólica de la feminidad” (Dio Bleichmar, 1989, p. 21). Al indagar en las afirmaciones del psicoanálisis referentes al origen femenino de la histeria, la autora cuestiona ¿qué se entiende por feminidad y/o masculinidad?. De los estudios de género efectuados por Robert Stoller, concibe la necesidad de revisar las ideas sobre masculinidad y feminidad desde sus propios cimientos. Para ello considera los fenómenos preexistentes, tales como el transexualismo, el intersexualismo y/o la identidad hermafrodita, explicando que, por ejemplo el transexualismo es “un sentimiento e idea inicial de ser mujer, **anterior a la marcación anatómica del cuerpo** ... lo que el transexualismo nos demuestra es una vía de supeditación de la sexualidad al género” (Dio Bleichmar, 1989, p. 18).

La identidad de género es anterior al reconocimiento de la diferencia anatómica. En tanto, **la feminidad y la masculinidad como identidades de género, son categorías del patrimonio exclusivo del discurso cultural:**

El descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos ... no sería el que éstos adquieren en un momento de su desarrollo, sino la debida normativización que en tanto género y orientación sexual tengan los padres, quienes construirán desde su sistema simbólico la feminidad y/o masculinidad que corresponda al cuerpo sexuado que dan a luz. (Dio Bleichmar, 1989, p. 20)

Explica que “bajo el sustantivo *género* se agrupan todos los aspectos psicológicos, sociales y culturales de la feminidad/masculinidad, reservándose el sexo para los componentes biológicos, anatómicos y para designar el intercambio sexual en sí mismo” (Dio Bleichmar, 1989, p. 32).

La ley del incesto implanta una legalidad idéntica para ambos sexos, sin embargo “el resto de las formas de sexualidad no es igualmente simétrica” (Dio Bleichmar, 1989, p. 22). El *sexismo* implica desigualdad en la apreciación de los géneros. En todas las sociedades la diferencia de sexos denota inequidad, la cual se sostiene en las leyes culturales que gobiernan la feminidad y la masculinidad de manera antagónica, y ambas condiciones tienen consecuencias psíquicas. Por ejemplo, la histeria es “el síntoma de la estructura conflictual de la feminidad en nuestra cultura” (Dio Bleichmar, 1989, p. 28).

El movimiento feminista se ha ocupado de resaltar esta disparidad sexista de los roles y estereotipos del género: ¿qué función se espera que cumpla la mujer? ¿qué se espera del hombre?. En este aspecto entra en juego el **rol del género**, definido como:

El conjunto de expectativas acerca de los comportamientos sociales apropiados para las personas que poseen un sexo determinado. **Es la estructura social la que prescribe la serie de funciones para el hombre y la mujer como propias o “naturales” de sus respectivos géneros.** En cada cultura ... se halla rígidamente pautado qué se espera de la feminidad o de la masculinidad de una niña/o ... La tipificación del ideal masculino o femenino es anónima, abstracta, pero férreamente adjudicada y normativizada hasta el estereotipo. (Dio Bleichmar, 1989, p. 38).

Freud determina una peculiar estructura de relación inicial (pre-edípica) del niño con sus padres, basada en un sistema compuesto por tres términos: madre - padre - hijo (Dio Bleichmar, 1989). En efecto, tal relación:

No se llega a constituir en triangular, ya que no se alcanza a trazar el tercer lado -relación entre los padres- que constituirá el verdadero triángulo ... desde el hijo los padres tienen una única identidad, la de padres, identidad que a su vez define los términos de la relación que el niño concibe y conoce. Sólo cuando el niño acceda a la significación sexual y a la comprensión del concepto marido-mujer y su intercambio específico, el triángulo se completará. (Dio Bleichmar, 1989, p. 44).

La diferencia de género de los padres es perfectamente distinguida por el niño/a de dos años (pre-edipo), el papá es hombre, y la mamá mujer. Empero “esta **distinción no es sexual** en el sentido de roles sexuales diferenciales, aunque pueda conocer la diferencia anatómica de los órganos genitales de los padres, sino sólo de género y de funciones” (Dio Bleichmar, 1989, p. 45).

En este punto la autora insiste en la necesidad de comenzar a considerar el modelaje del rol que realizan los padres y el medio social, alegando que es allí donde se “establecen delimitaciones muy netas entre actividades y actitudes apropiadas para cada género, estimulando y desacreditando lo que cada microcultura considera como pertinente a la educación de un varón o una nena” (Dio Bleichmar, 1989, p. 48).

En su pensamiento coincide con la psicoanalista Silvia Bleichmar (1983), al esbozar que “los significantes lingüísticos del género actúan durante un período del desarrollo sin abrocharse al sexo como significado” (Dio Bleichmar, 1989, p. 40).

3.7. Ampliando paradigmas, despojando obstáculos. La propuesta de *neogénesis* en psicoanálisis.

Silvia Bleichmar se ha ocupado de revisar los conceptos psicoanalíticos ofreciendo una propuesta innovadora, desde hace años el psicoanálisis arrastra el problema de la disociación entre la teoría y la práctica. Si bien reconoce los fructíferos trabajos desarrollados por los teóricos referentes, observa que los conceptos funcionan como una ecuación, señalando que “tanto en uno como en otro extremo faltan los modos singulares históricos de constitución del sujeto” (S. Bleichmar, 2001, p. 34).

Ante ello, la autora piensa en cómo se mezclan los términos analíticos con el modelo de subjetividad del siglo veinte, y sugiere una forma distinta de abordar la clínica a partir del concepto de una *neogénesis*, que define como “la posibilidad de que se produzcan, a través de la práctica psicoanalítica, nuevas constelaciones simbólicas que permitan la fundación de instancias, sobre todo en la infancia” (S. Bleichmar, 2001, p. 62).

De manera que será necesario separar aquellos núcleos duros de verdad de las impregnaciones socio-culturales y de las importaciones de otros campos científicos que ya no se sostienen. Ello implica que en razón de que no todo está dado desde antes y para siempre, la intervención del analista no se reduce a encontrar lo que ya estaba, sino a producir elementos nuevos de recomposición y de articulación que den un resultado distinto del preexistente (S. Bleichmar, 2001).

La autora distingue las condiciones de **producción de subjetividad** de las condiciones de **constitución psíquica**. La primera incluye aspectos que hacen a la construcción social del sujeto, en términos de producción y reproducción ideológica y de articulación con las variables sociales que lo inscriben en un tiempo y espacio particular, desde el punto de vista de la historia política. La segunda trasciende los modelos sociales e históricos, y puede ser cercada en un campo específico conceptual de pertenencia (S. Bleichmar, 1999).

Un ejemplo que permite ubicar ambos ejes es el complejo de Edipo:

El hecho de que en una familia monógama, heterosexual ... el complejo de Edipo se caracterice por ciertas variables: adherencia primaria de la relación madre-hijo y ... ejercicio de la función de corte por parte del padre, amor por el progenitor del sexo opuesto ... lleva a una impregnación de los elementos de constitución psíquica en el marco de aquellos de producción subjetiva ... Si se los despojara totalmente de sus elementos histórico-sociales a la crianza de los primeros tiempos, lo que quedaría es la asimetría ... entre el adulto y el niño ... que se caracteriza por la disparidad de saber y poder, y por

la discrepancia de posibilidades y estructuras entre uno y otro. (S. Bleichmar, 1999, párr. 9).

Al pensar en el modelo del Edipo del siglo veinte, en la clínica actual ya no queda nadie que se adapte al mismo tal cual lo describe la teoría, lo que sí se conserva aún, es el descubrimiento del psicoanálisis de la pautación y prohibición del goce intergeneracional. El Edipo puede ser abatido “en su carácter de organizador general del psiquismo a partir de las nuevas formas de procreación y crianza” (S. Bleichmar, 1999, párr. 8). En palabras de la autora:

Asistimos a nuevos modelos que ... dan cuenta de la posibilidad de falsación de la novela edípica tal cual fue construida ... a nuevos modos de acceso a la producción psíquica en sujetos que no provienen de un modelo con diferencia sexual masculino/femenino, sino que pueden ser no sólo criados sino hasta engendrados en el interior de alianzas de distinto orden ... un conjunto de combinaciones posibles que inciden, por supuesto, en la fantasmática particular de progenitores e hijos. (párr. 9).

Los hechos actuales presentan la necesidad de redefinir los conceptos, las funciones, ya que el modelo de la familia tradicional de occidente en el cual se sostuvo el Edipo como molde subjetivo hoy no se sostiene (S. Bleichmar, 2001).

La autora diferencia **organización familiar** de la **estructura del Edipo**. La primera remite al modo con el cual en determinado período de la historia la sociedad marca intercambios sexuales y otorga la preservación simbólica y material de un modo de agrupamiento caracterizado por relaciones de alianza y filiación. Señala que:

En este sentido, la organización familiar es, por un lado, más amplia que la estructura del Edipo, en cuanto a la cantidad de miembros que circulan y las funciones que implica, y por otra parte, más reducida, en cuanto a que es un organizador transitorio en la historia de la humanidad. (S. Bleichmar, 2001, p. 50).

Esta idea es importante ya que las cuestiones que presenta el psicoanálisis actual no solo implica repensar los conceptos, sino que también indagar “¿cuánto de lo pensado va a perdurar y cuánto va a desaparecer? ¿qué es lo transitorio y qué es lo permanente en el pensamiento psicoanalítico?” (S. Bleichmar, 2001, p. 50). En el caso de la *función paterna*, se presume hasta qué punto trabajará tal como se ha aprendido a pensarla:

¿Cuánto de la función paterna, aquello que fue revelado por Lacan como Ley bajo “Nombre del Padre”, no conduce al psicoanálisis por un lado al gran descubrimiento de las relaciones de pautación de los sexos, y por el otro, reifica las peores formulaciones ideológicas de la sociedad patriarcal?. (S. Bleichmar, 2001, p. 51).

Si bien hasta el momento nadie ha superado a Lacan en su teoría sobre la estructura del Edipo, es necesario increpar ciertas afirmaciones del estructuralismo:

Cuestionar la idea del estructuralismo, es decir, que la madre sea pura función narcisista y el padre pura ley y corte. Porque ese ordenador tan cómodo que nos proporcionó el estructuralismo hoy hace agua por todos lados ... En occidente, las nuevas pautas socioculturales no solo inciden en la estructura del Edipo, sino también en los intercambios sexuales. En una pareja homosexual que adopta un niño ¿se sostiene o no se sostiene idéntica la diferenciación de funciones?. (S. Bleichmar, 2001, p. 74).

3.8. El Anti Edipo como detracción a la universalidad del Edipo

Si bien después de Lacan no hay teorizaciones que hablen del Edipo y del lugar del padre, existe una propuesta que Gilles Deleuze y Felix Guattari (1985) desarrollan en pleno auge del estructuralismo. Se trata de una nueva práctica clínica, el *esquizoanálisis*, reflejado en su obra titulada “*El Antiedipo. Capitalismo y Esquizofrenia*”. Con énfasis en el inconsciente, en el deseo y en la sexualidad infantil, los autores plantean que:

El inconsciente desde siempre es huérfano, es decir, se engendra a sí mismo en la identidad de la naturaleza y el hombre. Es la cuestión del padre, la cuestión de Dios, la que se vuelve imposible, indiferente, en tanto viene a ser lo mismo afirmar o negar tal ser, vivirlo o matarlo ... Los psicoanalistas siguen produciendo el hombre abstractamente, es decir, ideológicamente, para la cultura. (Deleuze y Guattari, 1985, p. 114).

El Antiedipo sugiere cómo ver al hombre a partir de un nuevo lenguaje que aparenta desprenderse de las ideas preexistentes. Edipo no existe sino en la sociedad moderna a partir de Freud, como una forma de control social que sirve al sistema capitalista (Deleuze y Guattari, 1985).

Al vincular el deseo con los conceptos lacanianos y freudianos, Deleuze y Guattari observan que en la tradición psicoanalítica se ubica en relación a una falta. En contraposición, distinguen que “la producción social es tan sólo la propia producción deseante en condiciones determinadas” (Deleuze y Guattari, 1985, p. 36). Por lo cual el deseo es una producción, es decir que el sujeto lo gesta no en base a una falta, sino desde sí mismo (Deleuze y Guattari, 1985).

La libido es un afuera permanente y desenfrenado que busca siempre la satisfacción, su control es facilitado por la familia nuclear, que produce “sujetos edipizados” y restringe el deseo a partir de las normas socialmente aceptables mediante la prohibición del incesto (Deleuze y Guattari, 1985). Afirman que:

El padre, la madre y el yo están enfrentados de forma directa con los elementos de la situación histórica y política ... la familia nunca es un microcosmos en el sentido de una figura autónoma ... por naturaleza está excentrada, descentrada. (p. 103)

Con el Antiedipo los autores exponen **desplazar a Edipo como supuesto universal**, como algo naturalmente dado, y derribar los mitos del psicoanálisis que acortan la realidad y no permiten ver la historia completa. Edipo es una de las tantas representaciones posibles, el Antiedipo no sugiere que no haya familia, sino que la presume como una idea, una construcción, es decir, una de las formas en la que se fue derivando la sociedad con sus razones históricas, pero que no constituye una realidad universal absoluta:

El esquizoanálisis no se propone resolver Edipo ... mejor de lo que pueda hacerlo el psicoanálisis edípico. Se propone desedipizar el inconsciente para llegar a los verdaderos problemas ... llegar a estas regiones del inconsciente ... “más allá de toda ley”, donde el problema ni siquiera puede plantearse. (Deleuze, Guattari, 1985, pp- 87-88)

3.9. La función paterna en el siglo veintiuno.

En los albores del siglo veintiuno, Víctor Guerra (2000) distingue que el concepto *función paterna* conduce a ensayar interpretaciones respecto a ciertos caracteres actuales que se desprenden de las relaciones entre padres e hijos. Plantea que “los padres están atravesados por un imaginario social que delimita funciones, expectativas y anhelos en la

constitución de “su majestad el bebé”, que difiere de lo esperado idealmente en otros momentos de la historia de la humanidad” (Guerra, 2000, p. 1).

Así como los modos de crianza han cambiado, la *función paterna* ya no es más lo que era, lo que habilita indagar cuestiones del tipo “¿en qué lugar quedan posicionados los padres? ... ¿qué tipo de imagen de padre comienza a circular en el imaginario social?” (Guerra, 2000, p. 6). Los aspectos histórico-sociales poseen un gran peso al momento de buscar determinantes en las conductas de relación entre los sujetos. El contexto y la cultura establecen las pautas que determinarán los vínculos y la estructuración psíquica del niño/a (Guerra, 2000).

Por su parte, la psicoanalista Leticia Villalobos (2018b) toma del psicólogo Juan Carlos Morales la concepción de *crianza parental* como “el proceso mediante el cual durante los primeros años de vida los progenitores moldean el espíritu y el cuerpo de los infantes, y donde la primera etapa es esencial para la configuración de sus emociones y personalidad” (p. 61).

En su participación del simposio “*La vigencia del Psicoanálisis en la actualidad*” (2018a) esboza que ni el padre, ni la madre se definen únicamente por el lazo consanguíneo. Señala algunas disidencias respecto a la noción de Lebovici y Herzog (1995) sobre el *paternaje y maternaje*, ya que estos términos mantienen el binarismo reduciendo la idea de quién es el padre y/o la madre centralmente a lo biológico. Para Villalobos (2018a) el concepto de *parentalidad* es más amplio, porque implica “conformar una triada en el contexto familiar, capaz de aclarar y ubicar a cada uno de los miembros en un lugar y en funciones varias” (8’ 08”).

Al reflexionar en la teoría del complejo de Edipo, Villalobos (2018a) reconoce en Lacan el mérito de introducir la idea de funciones y lugares. Menciona que:

No es el padre encarnado, sino la función que podría ser, función que emerge como significante esencial de la estructuración psíquica del niño ... Es la incorporación del orden simbólico a la dinámica del niño, de lo parental a la dinámica que va a establecer con los adultos que tiene a la mano. (18’ 25”).

La autora asegura que actualmente ya no existe un único modelo de familia al cual ajustarse, sino una diversidad organizada de distintas maneras, a la vez que los distintos entramados familiares como los padres adoptivos, la inseminación artificial médica, la donación de óvulos y espermatozoides, úteros alquilados, etc., evidencian que la función puede ser desempeñada por otras figuras y no exclusivamente por los padres biológicos.

De ello se desprende que el psicoanálisis conciba la distinción madre - padre como insuficiente, y apruebe la *parentalidad* como un concepto fundante de los lazos sociales. Villalobos (2018a) describe que:

No importa si quien hace la función paterna es el abuelo ... o incluso aunque no fuese un varón, una tía pero que hace esa función. Esto nos da mucho juego para pensar las nuevas estructuraciones de las variantes de familia que nos encontramos de manera contemporánea. (19' 44").

Para finalizar, Villalobos (2018a) señala que las funciones de la parentalidad contemporánea implican "tres distinciones al seno del hogar" (20' 12").

Por un lado, la diferenciación yo - no yo, dado que padres e hijos no son iguales. Esta distinción inicial, fundante del psiquismo del niño, presupone la individualización tanto del hijo como de los padres. Antes del nacimiento, la mujer embarazada "puede o no insertar a ese hijo en la dinámica familiar" (Villalobos, 2018a, 20' 44"). Preexiste una idealización del hijo durante el embarazo basada en los deseos inconscientes de los padres. Cuando el hijo nace "nunca es el hijo mentalizado, nunca es el ideal, y eso habla de una frustración, de entrada, que se puede aceptar o no, pero implica siempre un choque ... entre el hijo ideal y el hijo real" (Villalobos, 2018a, 21' 55"). La parentalidad implica un proceso complejo, cargado de movimiento y transición. A partir del mismo, emerge la necesidad de asumir la función. La autora destaca la importancia del pasaje en dejar de ser hijos a ser padres, aunque reconoce que no es una tarea fácil (Villalobos, 2018a).

Actualmente la problemática es que "se confunden los lugares y las funciones. Padres que, por ejemplo ... intentan ser amigos de sus hijos" (Villalobos, 2018a, 24' 53").

De lo cual se desprende un segundo aspecto, referente a "la diferenciación entre las generaciones ... cómo los padres estarían en un lugar y los hijos estarían en otro" (Villalobos, 2018a, 26' 13"). Esto se puede ver, por ejemplo, con el embarazo adolescente, donde padres e hijos se llevan diferencias mínimas de edad.

Como tercer punto, al igual que varios de los autores mencionados¹³ Villalobos destaca la posibilidad en los padres de "concientizar lo vivido en el complejo edípico, eso reaparece con el nacimiento de un hijo" (27' 49"). Tiene que ver con la herencia de las funciones, la prohibición del incesto y cómo vivieron los padres el proceso. La autora enfatiza en la importancia de la herencia de la generación antecesora para la ejecución de las funciones, al señalar que "la manera como los progenitores se interrelacionan con su descendencia, marca la forma de comportarse frente a las normas sociales establecidas, amigos, pares, familiares, etcétera" (Villalobos, 2018b, p. 62).

¹³ Dolto, Manononi, Lebovici, Silvia Bleichmar.

4. Conclusiones

Si bien los argumentos de los teóricos utilizados para este ensayo pertenecen a distinta época socio-histórica, todos guardan una relación.

En la primera mitad del siglo veinte, tiempo en que Freud elaboró su teoría, imperaba el modelo de familia tradicional basado en la estructura trídica madre - padre - hijo/a. Las funciones en el seno de la misma estaban determinadas de manera binaria, a partir de la diferenciación anatómica de los sexos.

Con *“Tótem y Tabú”* (1913/1991) Freud inicia un trabajo de reflexión articulando los lugares del padre y el lazo social. En efecto, el padre freudiano a través de la Ley que lo representa, posee la función de nivelar el goce que se gesta en el lazo social, para posibilitar la existencia de las sociedades humanas. Su permanencia dependerá de la fuerza que dicha unión conserve entre los hermanos. En su teorización, Freud (1905/1992c) abre camino al estudio de la sexualidad infantil, anticipando la importancia de la función que ejercen los objetos primarios en el desarrollo psíquico.

En la etapa pre-edípica, Freud habla de una *masculinidad primaria* señalando que “toda niña sería un muchachito sin saberlo hasta que descubre la diferencia de sexos” (Dio Bleichmar, 1989, p. 16). La diferenciación sexual anatómica ocurre con la fase fálica, en la

cual tanto el niño como la niña adquieren interés por los genitales. Cuando esta diferenciación entra en juego es que comienza o finaliza el complejo de Edipo. Este último resulta ser un concepto clave de argumentación psicoanalítica, ya que a partir del mismo se puede observar la teoría fundante detrás del concepto *función paterna*.

Utilizando el mito de Edipo, Freud (1905/1992c) describe que la experiencia de triangulación ocurre a partir del nacimiento del hijo/a, quien elegirá a uno de sus padres como objeto sexual y al otro como rival de su deseo a quien querrá eliminar. Esta noción del Edipo es inicial, luego Freud la irá ajustando en el transcurrir de sus obras, con el objetivo de comprender qué es la realidad, cómo es que el deseo se introduce en el sujeto que lo causa y cómo este llega a amar.

Quizás Freud no especifica claramente si en el complejo de Edipo quien ejerce la función es quien encarna la persona real del padre o de la madre. No obstante, algunos autores afirman que es la madre la que, a partir de la relación diádica inicial con el hijo/a, habilitará la captación posterior del padre, dado que este último aparece a través del discurso de la misma. De esta convicción se desprenden cuestiones tales como ¿qué ocurre si no hay un padre de sexo masculino? ¿qué pasa cuando hay un padre biológico, presente físicamente, pero que no cumple la función? (Villalobos, 2018a).

Durante la crianza del hijo/a, la madre en su discurso emitirá dos mensajes. Por un lado, a través de su lenguaje y sus acciones le mostrará al hijo/a que el mundo no se reduce el/ella sino que habrá otros intereses. El otro mensaje es la Ley del incesto, la idea de que el deseo sexual no está dirigido a su persona, sino afuera en otra parte (Villalobos, 2018a).

Para hablar del complejo de Edipo en psicoanálisis es preciso diferenciar la elaboración freudiana de la lacaniana, si bien este último continúa al primero, su reformulación difiere de la teoría inicial. Es Lacan desde su postura estructuralista quien introduce los conceptos de funciones y lugares en la organización familiar, dado que este prefiere hablar de *función paterna* para referirse al complejo de Edipo.

Describe que la misma no se reduce al padre carnal, biológico, sino que engloba los distintos significantes de su teoría, tales como la metáfora paterna, NdP, falo (Villalobos, 2018a). Para este autor Freud se basó en un mito y no en un hecho, y por lo tanto el Edipo no está en el plano de lo real sino de lo simbólico, es decir que se presenta en el área del lenguaje. Para Lacan, el Edipo no es un hecho natural sino cultural, es la entrada del signifiante en el cuerpo y lo que estructura los lugares de hombre, mujer, masculino y femenino es el falo.

Luego Winnicott (1961) organiza el desarrollo evolutivo temprano en tres fases o estadios. Otorga importancia a la figura paterna como influencia del ambiente (MSB) necesaria para el adecuado desarrollo y crianza del infante, favoreciendo el holding. Luego de esto,

adviene la relación directa padre-hijo/a. El autor habla de “cuidado parental” en cierto modo también atravesado por los roles de género.

Lejos de desmerecer la riqueza teórica de los autores precedentes, Emilce Dio Bleichmar (1989) reflexiona que la mencionada tesis de la *masculinidad primaria* constituye el límite de la teoría freudiana, dado que en el presente se la puede ver como una “marca del prejuicio que hace obstáculo” (p. 16). El mismo Freud dice que la mujer es “un enigma, un continente oscuro” (Schongut, 2012, p. 43), y elabora su teoría considerando que las funciones están anatómicamente dispuestas por la diferencia de los sexos.

En el occidente actual, las formas de organización social predominantes ya no se ajustan precisamente al típico modelo de la “familia tradicional”. Hoy en día no existe una estructura singular de familia. El psicoanálisis no relaciona a la *estructura* con lo fijo y estable, sino como algo que se abre a movimientos. Ignacio Iglesias (2006) toma de Lévi-Strauss una frase de Durkheim en la que describe que “la estructura misma se encuentra en el devenir ... Se forma y se descompone sin cesar” (Iglesias, 2006, párr. 4). La estructuración psíquica se va armando en la intersubjetividad, esto es en el vínculo y los más íntimos son los que mayor peso tienen.

Al reflexionar sobre la *función paterna*, se observa que algunos teóricos poseen un sesgo patriarcal. El pensamiento de los autores de la primera mitad del siglo veinte es influenciado por el modelo de masculinidad hegemónico característico de la época. En este aspecto, Dio Bleichmar (1989) esboza que gracias a la incorporación del concepto de *género* fue posible revisar la teoría psicoanalítica clásica sobre el sexo y la sexualidad, develando la procedencia simbólica de algunas creencias que en la teoría aparecen como naturalmente biológicas. Siguiendo a la autora “la introducción de la noción de género, su origen independiente del sexo es ... lo que revoluciona el pensamiento psicoanalítico ... la feminidad/masculinidad no se hallan exclusivamente bajo la égida de la anatomía, de lo biológico para su organización” (p. 17).

Esta noción también es aplicable para el desempeño de las funciones y de los roles sociales, a lo que Schongut (2012) añade que los estudios recientes de la masculinidad “dieron cuenta que lo que sabíamos respecto al hombre tampoco estaba tan claro” (p. 43).

Los diversos movimientos sociales ocurridos en los últimos años, entre los cuales se destacan las distintas olas del feminismo, los estudios de género, la lucha anti-patriarcal, las manifestaciones LGBTQ, etcétera; así como los esfuerzos de la psicología en indagar y reformular conceptos como: género, anti-edipo, parentalidad y neogénesis, en procura de identificar los fenómenos emergentes y sus repercusiones psíquicas, son algunas de las tantas acciones que evidencian una revolución ideológica. A la independencia económica

de la mujer, se suma la percepción de los roles y/o funciones ya no como una asignación biológicamente dada, sino como una distribución. Lo cual contribuye a pensar en la disolución del modelo clásico de organización familiar y cuestionar, al decir de Silvia Bleichmar (2001) “los núcleos duros de verdad”.

Se percibe un movimiento en las funciones tradicionales de la paternidad, las tareas que refieren a la crianza de los hijos han ido desnaturalizando lo que tradicionalmente se asociaba con aspectos propios de lo masculino y/o femenino, y poco a poco son ejercidas tanto por las madres como por los padres de forma indiferenciada (San Miguel, 2005).

La *función paterna* no se trata de la presencia física del padre o de la madre biológica, sino de una función, ya que puede haber presencia física y no haber función. Por ejemplo, una familia homosexual puede ejercer la *función paterna* dado que no se reduce a una cuestión de sexos.

En psicoanálisis, y en la vida general, esto es importante de comprender para disipar errores al momento de pensar que una mujer no puede cumplir la *función paterna*, ni los límites, ni la Ley, o viceversa.

Se considera necesario continuar trabajando en la intelección del concepto reconociendo sus mutaciones a través del tiempo. Es una tarea que compete tanto a la psicología clínica como a sus disciplinas afines, invitando a continuar el camino trazado a favor de la salud mental.

Se concluye con una premisa al decir de la doctora Gerez-Ambertín (2011), que concibe al padre como un lugar (el de un significante) y una función (lógica):

No se trata del padre como persona, personaje o sujeto, ni de las posibles formas en que se ejerce el rol de padre y se sostiene su status ... sino únicamente un significante que opera como mojón, ancla, esto es, punto de capitón que permite detener el movimiento errático del efecto sujeto.
(párr.13).

5. Referencias bibliográficas

Batthyány, K., Cabrera, M. y Scuro, L. (2006). *Perspectiva de género. Encuesta nacional de hogares ampliada* [Informe temático]. Montevideo: Instituto Nacional de Estadística. Recuperado de <http://www.ine.gub.uy/documents/10181/35933/Informe+Genero+final.pdf/c11e45b5-d99e-4360-a335-054d0449c583>

Bleichmar, H. (1982). *Introducción al estudio de las perversiones. La teoría del Edipo en Freud y Lacan*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Bleichmar, S. (1999). Entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo. *Revista del Ateneo Psicoanalítico*, 2. Recuperado de <http://www.silvialeichmar.com/articulos/articulo8.htm>

Bleichmar, S. (2001). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.

Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia* (Trad. F. Monge). Barcelona: Paidós. Recuperado de

<http://lobosuelto.com/wp-content/uploads/2018/06/Deleuze-y-Guattari-El-anti-edipo.pdf>

Dio Bleichmar, E. (1989). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de trastornos narcisistas de la feminidad*. México: Fontamara.

Dolto, F. (1994). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.

Enríquez, E. (1990). *Da horda ao Estado: Psicanálise do vínculo social*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.

Freud, S. (1986). *Cartas a Wilhelm Fliess (1887-1904)* (Trad. J. L. Etcheverry). Buenos Aires: Amorrortu. Recuperado de

<http://culturafilosofica.com/wp-content/uploads/2020/01/Freud-Sigmund-Cartas-a-Wilhelm-Fliess.pdf>. (Carta escrita en 1897)

Freud, S. (1991) Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 13, pp. 1-163). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).

Freud, S. (1992a). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 21, pp. 57-163). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).

Freud, S. (1992b). El yo y el ello. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 1-49). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).

Freud, S. (1992c). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109-202). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).

Gerez-Ambertín, M. (2011). *Acerca del Nombre-del-Padre en Lacan*. Recuperado de <https://sites.google.com/a/fundpsicisigmundfreud.org/articulos-de-interes/home/acerc-a---del---nombre-del-padre---en---lacan>

Guerra, V. (2000). Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, 91. Recuperado de <https://www.apuruguay.org/apurevista/2000/1688724720009109.pdf>

Iglesias, I. (2006). Problematización del concepto de estructura en la enseñanza de Lacan. *Psicología para América Latina*, 8. Recuperado de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-350X2006000400008#2a

Instituto Nacional de Estadística (2014). *Uruguay en cifras 2014*. Recuperado de http://www.ine.gub.uy/documents/10181/39317/Uruguay_en_cifras_2014.pdf/aac28208-4670-4e96-b8c1-b2abb93b5b13

Lacan, J. (2003). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En T. Segovia, J. D. Nasio y A. Suárez (Trad.), *Los escritos de Jacques Lacan* (vol. 1, pp. 227-310). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966). Recuperado de <https://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Lacan-Escritos-I-y-II-Siglo-XXI-Completos.pdf>

Lacan, J. (2005a). La forclusión del Nombre del Padre. En J. Miller (Ed.), *El seminario: Las formaciones del inconsciente*, (vol. 5, pp. 147-163). Buenos Aires: Paidós. (Seminario impartido en 1957-1958). Recuperado de <http://bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-5-Las-Formaciones-Del-Inconsciente-Paidos-BN.pdf>

Lacan, J. (2005b). La metáfora paterna. En J. Miller (Ed.), *El seminario de Jacques Lacan: Las formaciones del inconsciente*, (vol. 5, pp. 164-183). Buenos Aires: Paidós. (Seminario impartido en 1957-1958). Recuperado de <http://bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-5-Las-Formaciones-Del-Inconsciente-Paidos-BN.pdf>

Lacan, J. (2005c). Los tres tiempos del Edipo. En J. Miller (Ed.), *El seminario de Jacques Lacan: Las formaciones del inconsciente*, (vol. 5, pp. 185-219). Buenos Aires: Paidós. (Seminario impartido en 1957-1958). Recuperado de <http://bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-5-Las-Formaciones-Del-Inconsciente-Paidos-BN.pdf>

Lacan, J. (2008). Las bragas de la madre y la carencia del padre. En J. Miller (Ed.), *El Seminario de Jacques Lacan: La relación de objeto* (vol. 4, pp. 355-372). Buenos Aires: Paidós. (Seminario impartido en 1956-1957). Recuperado de <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-4-La-Relacion-de-Objeto-Paidos-BN.pdf>

Lacan, J. (2009). *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* (versión crítica, Trad. R. Rodríguez). Conferencia pronunciada en la primera reunión de la Société Française de Psychanalyse, Anfiteatro del Hospital Psiquiátrico de Sainte-Anne, París.

Recuperado de

<https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.5.1.4%20%20%20LO%20SIMB.%20LO%20IMAG%20Y%20LO%20REAL.%201953..pdf>

Lebovici, S. y Soulé, M. (1970). *El conocimiento del niño a través del Psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lebovici, S. (1988). *El lactante, su Madre y el psicoanalista: las interacciones precoces*. Buenos Aires: Amorrortu.

Lebovici, S. y Herzog, J. M. (1995). El padre. En S. Lebovici y F. Weil-Harpen (1995). *La psicopatología del bebé* (pp. 70-78). México: Siglo Veintiuno. Recuperado en

<https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/la-psicopatologicc81a-de-l-bebecc81-serge-lebovici-y-franccca7oise-weil-halpern.pdf>

León, S. (2013). *El lugar del padre en psicoanálisis: Freud, Lacan, Winnicott*.

Santiago de Chile: RiL. Recuperado de

https://books.google.com.uy/books?id=TVmLBQAAQBAJ&printsec=frontcover&hl=es&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

Mannoni, M. (1987). El niño, su “enfermedad” y los otros. En R. Pochtar (Trad.). Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1967).

Mena, I. (2018). Elementos femenino y masculino en la teoría de Winnicott. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 18. Buenos Aires. Recuperado de

http://www.psi.uba.ar/investigaciones/revistas/psicoanalisis/trabajos_completos/revista18/mena.pdf

Ministerio de Desarrollo Social, Uruguay Crece Contigo, Instituto Nacional de Estadística, Universidad de la República, Grupo de Estudios de Familia (2018). *Encuesta de Nutrición, Desarrollo Infantil y Salud -Uruguay-* [Presentación de Power Point]. Recuperado de

<https://www.gub.uy/ministerio-desarrollo-social/comunicacion/publicaciones/encuesta-nutricion-desarrollo-infantil-salud>

Nasio, D. (2013). *El Edipo: El concepto crucial del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

San Miguel, M. (2005) *La función paterna: cambios en el modelo de masculinidad y necesidades psicológicas en la infancia-adolescencia*. Conferencia dada en el curso “Salud y género”, Zaragoza. Asociación para el estudio de temas grupales, psicosociales e institucionales. Recuperado de:
<http://www.area3.org.es/sp/item/58/M.%20San%20Miguel:%20Funci%C3%B3n%20paterna:%20cambios%20en%20el%20modelo%20de%20masculinidad>

Schongut, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), 27-65. Recuperado de
<https://www.redalyc.org/pdf/4758/475847408003.pdf>

Sófocles (s.f.). Recuperado de <https://www.circulobellasartes.com/biografia/sofocles/>

Villalobos, L. (2018a, marzo). ¿Crisis de la función paterna?: Nuevas configuraciones

parentales [Archivo de video]. En Instituto Psicoanalítico Nezahualcóyotl, La vigencia del Psicoanálisis en la actualidad (Mesa 1). Simposio llevado a cabo en Nezahualcóyotl, México. Recuperado de
https://www.youtube.com/watch?v=aJN8bA1h_Lg

Villalobos, L. (2018b). *Percepción de los estilos de crianza parentales y habilidades sociales en adolescentes de una universidad privada de Lima metropolitana*. (Tesis de grado, Universidad Ricardo Palma, Lima). Recuperado de
<http://repositorio.urp.edu.pe/bitstream/handle/URP/1627/TEISIS%20FINAL%20POR%20FIN%20%20%20-%20Laura%20Villalobos.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Winnicott, D. (1952, marzo). *Las psicosis y el cuidado de niños*. Conferencia pronunciada en la Sección de Psiquiatría de la Real Sociedad de Medicina. Recuperado de <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/psiconin.htm>

Winnicott, D. (1961). *La teoría de la relación entre progenitores - infante*. Vigésimosegundo Congreso Internacional Psicoanalítico, Edimburgo. Recuperado de <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/teoria.htm>

Winnicott, D. (1963, octubre). *De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo*. Conferencia pronunciada en la Atlanta Psychiatric Clinic. Recuperado de <http://www.psicoanalisis.org/winnicott/confdesa.htm>

Winnicott, D. (2011a). El desarrollo de la capacidad de preocuparse por el otro. En C. Winnicott, R. Shepherd y M. Davis (Comp.), *Deprivación y delincuencia* (pp. 121-127). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1939).

Winnicott, D. (2011b). La tendencia antisocial (1956). En C. Winnicott, R. Shepherd y M. Davis (Comp.), *Deprivación y delincuencia* (pp. 144-156). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1939).